

PATROCINAN

Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha
Ayuntamiento de Aranjuez
Diputación de Toledo

COLABORAN

Ayuntamiento de Toledo
Ayuntamiento de Yépes
Ayuntamiento de Madridejos
Ayuntamiento de Chinchón
Electricidad Anber-Fenienergía
Restaurante El Rana Verde

EDITAN

Ediciones Doce Calles S.L. y Aljibe

© Textos: José Luis Sampedro, Olga Lucas, Almudena Cencerrado Rodríguez, Joaquín Araújo,
José Ángel García-Redondo Moreno, Juan Rodríguez-Tembleco

© De la letra y música: Aljibe

© Fotografía: Agustín Tomico Alike, Archivo Municipal de Talavera de la Reina, Asamblea para la defensa del río Tajo de Aranjuez, Asociación Amigos de José Luis Sampedro, Ayuntamiento de Chinchón, Charles Clifftor, Chema Tejeda, Dan Vaquerizo Molina, Diego Delso, Eduardo Sánchez Butragueño (Blog Toledo olvidado), Guirao Girada, Jean Laurent, Jesús Fernández Silgado, José Ángel García-Redondo, José Felipe Ortega, José Luis Filpo, José María Moreno Santiago, Juan Ruiz de Luna, Kyon Cheng, Luis Arribas, Manuel Anastácio, Mediateca Educamadrid, Melquiades Molinero, Miguel Méndez Cabeza (colección), Museo del Greco, Museo Nacional del Prado, Otto Wunderlich, Patrimonio Nacional, Windwhistler, Zarateman, Archivo Doce Calles, Audiovisuales DC.

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles S.L.

Imagen de cubierta del libro: Fernando Rojo
Composición, maquetación y fotomecánica: Ediciones Doce Calles S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-9744-231-2

Dépósito legal: M-13974-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su inclusión en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

5	PRESENTACIÓN. EL TAJO QUE FUE, EL TAJO QUE QUEREMOS Emiliano García-Page Sánchez
11	TAJO & TEJO Juan Rodríguez-Tembleco
13	EL RÍO TAJO, UN CAMINO ANDANTE José Luis Sampedro / Olga Lucas
21	ME LLAMO TAJO Almudena Cencerrado Rodríguez
55	EL TAJO: DESTREZAS DESTROZADAS Joaquín Araújo
59	TAGUS FLUMEN. A LAS ORILLAS DE LA LITERATURA Joaquín Araújo
79	EL TAJO / TEJO PROTEGIDO Joaquín Araújo
85	EL TAJO. UN RÍO SIN PULSO José Ángel García-Redondo Moreno
94	ÁLBUM FOTOGRÁFICO
110	ALJIBE
113	GUÍA DE AUDICIÓN



Vista desde el Mirador de Zaorejas (Guadalajara)

El Tajo que fue, el Tajo que queremos

“No estaba el Tajo con el verde engaste
de su florida margen cual solía,
cuando con esos pies su orilla honraste;

ni el agua clara a su pesar subía
por las sonoras ruedas ni bajaba,
y en pedazos de plata se rompía”...

De *Serrana Hermosa*, Lope de Vega (1602)

Nada más ilustrador que recurrir a nuestros clásicos para comprender el Tajo en su extraordinaria singularidad a su paso por la que fuera capital del mundo, la imperial Toledo, elevada sobre un río cuyas aguas se le resistían, pero a la vez la defendían y abastecían. Estos versos de Lope de Vega nos hablan de las verdes riberas de un río de aguas claras, de arenas brillantes, del modo ingenioso en que el genio de un hombre pudo vencer la gravedad para abastecimiento de la población desde el Alcázar. Son muchas las referencias en nuestros poetas de aquellos siglos que señalan el brillo cristalino de sus arenas en las orillas, y de la riqueza de fauna y flora en sus riberas a su paso por la ciudad.

Hoy, como aquel día importante para el corazón de Lope, “no anda el Tajo con el verde engaste de su florida margen cual solía, ni el agua clara se rompe en pedazos de plata”. Lo malo es que no es cuestión de un día de aguas turbias por las inclemencias del tiempo, sino mal endémico de un río enfermo de avaricia y succión.

Otros autores nos hablan con igual pasión y luminosidad de otros lugares, de otros paisajes, de otras costumbres ligadas a un río del que ya hacían mención como “Tagum” los romanos, por la importancia de sus hoces, cañones y “tajos” en amplios tramos de su largo curso. Y así supimos de su carácter de vía de transporte fluvial para la madera de los montes Universales hasta Aranjuez –sin la cual no podría haberse construido El Escorial, o el Madrid de los Austrias–, de la rica vega de Talavera, o de la magia de un puerto con el que ganar un océano: Lisboa.



Cascada de la Escaleruela, Zaorejas (Guadalajara)

El Tajo es río que, como pocos, nos permite ver reflejada en sus aguas toda la metáfora de la vida. Es el más largo de la Península, y hoy en día sigue en discusión su lugar de nacimiento. Recóndito, poderoso en sus paisajes cortados a fuerza de tiempo en los suelos calizos de los Montes Universales, va sumando caudal como experiencias, donando su ser en huertas, industrias y poblaciones. El Tajo doma con sus aguas la temperatura incontrolable de reactores nucleares, y va recogiendo el granito de las sierras que enmarcan su cuenca para depositarlo mansamente en su vega portuguesa, hasta abrirse en delta navegable y navegado, majestuoso y calmo, vigilado por las torres del Castillo de San Jorge o las almenas de la Torre de Belem, allá en Lisboa.

Cuarenta años después del primer trasvase de las aguas recogidas en su curso alto, limpias y vivas, tenemos la obligación de hacer saber al mundo que el Tajo es un río enfermo. Que gran parte del volumen embalsado en su cabecera es fango, y que el agua traída no se puede reponer con aguas fecales procedentes de ríos castigados por una población en conjunto de cinco millones de habitantes.

Debemos hacer ver que el Tajo es un río venerado y venerable, arteria por la que circula la sangre del centro geográfico de la Península, y que comunica anímica y geográficamente los corazones de España y Portugal, y que empieza a no soportar los efectos contaminantes y abusivos de una infraestructura cuya lógica quedó superada por la realidad de la desalación, y cuya viabilidad se ha visto claramente censurada por el cambio climático.

Queremos convencer para vencer en esta lucha por la dignidad del río, que es batalla por la naturaleza, pero también por el derecho de los millones de personas cuya vida diaria depende de esta gran arteria hídrica que es el Tajo a lo largo de sus más de 1.092 kilómetros de longitud. Y para convencer, tenemos que lograr mostrarlo al mundo en toda su importancia cultural, económica y natural.

Para ello, proyectos de la magnitud de Aljibe resultan no solo útiles, sino absolutamente necesarios, porque el río une culturas, tradiciones y visiones de la vida, que se adaptan y se explican por la variación de los paisajes a los que ha dado forma con ayuda de viento y la pendiente, pero también del hombre, de la climatología y los fenómenos tectónicos. Aljibe



Puente medieval. Construido en 1461 cruza el río Tago uniendo lo términos de Auñón y Sacedón (Guadalajara)

reúne las músicas de siglos cantadas en sus orillas, en sus vertientes, y las palabras de hoy. Palabras que nos dejó inéditas José Luis Sampedro, y palabras de personas que viven, recorren, conocen y reconocen su realidad. Palabras que nos han de invitar a amar el Tajo en toda su extensión, como lo amamos quienes lo consideramos bajo nuestra responsabilidad desde que a poco de nacer se va haciendo río, en las sierras de Cuenca y Guadalajara, hasta que se pierde Talavera abajo, por Extremadura hacia Lisboa.

Y quien ame el Tajo lo querrá íntegro en su caudal, depuradas las aguas que en él vierten las poblaciones, protegidas y cuidadas sus riberas, y conocidos y reconocidos sus paisajes, también los urbanos.

Vuelvo a Lope, pues “no estaba el Tajo con el verde engaste / de su florida margen cual solía”, para reivindicar la recuperación de un río del que otros –Góngora, Garcilaso, Quevedo– cantaron el brillo cristalino de sus aguas, el oro y el cristal de sus arenas, la verde naturaleza de sus arboledas y huertas. Ese Tagum que fue el paradigma de riqueza en todo el mundo greco-romano, y del que hoy solo pretendemos que le sea permitido ser el río que la Naturaleza permita, sin trasvases ni usos contaminantes. Con palabras y con música... con Aljibe, en suma.

Emiliano García-Page Sánchez
Presidente de Castilla-La Mancha

José Luis Sampedro



El río Tajo, un camino andante, según Sampedro

El río Tajo, un camino andante que llega a Aranjuez desde las altas sierras ibéricas en Cuenca y Guadalajara.

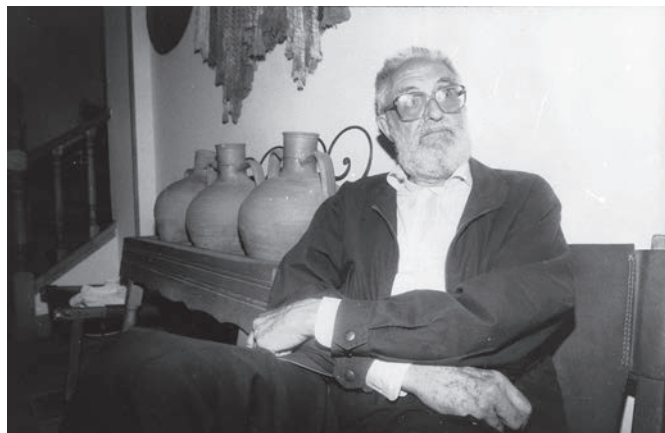
Para escribir *El río que nos lleva* dediqué mucho tiempo, hace medio siglo, a recorrer su tierra de origen, que llegué a amar y admirar entrañablemente. Es la tierra del río Tajo todavía joven, bravío, impetuoso, violento, abriendo barrancos a lo largo de los siglos por entre los riscos que en vano quieren detener su camino hacia el mar. En su cuenca se alza, con el mismo tesón y reciedumbre, el castillo de Molina de Aragón, volado por las tropas de Napoleón en su retirada durante la guerra de la independencia, pero del que aún siguen en pie torres y murallas proclamando la amplitud de la fortaleza y recordando hechos históricos y pasadas glorias.

A sus pies se extiende la ciudad de Molina, llena de recuerdos de su grandeza con magníficas iglesias y conventos, casas señoriales y barrios donde aún quedan huellas de haber dado cobijo a moros y judíos en los tiempos medievales. La periferia urbana es ya de otro tono moderno, con avenidas de viviendas nuevas y centros culturales adonde yo acudí hace años buscando material para mi novela sobre los gancheros del río Tajo por ser Molina el centro de una verde comarca de pinares y ganados. Junto a la villa discurre el río Gallo, afluente que redobla la importancia del Tajo cuando entrega a éste su caudal, según declara el refrán molinés que canta así la verdad: “el Gallo da las aguas y el Tajo se lleva la fama”. Y esas aguas juntas se llevaron a su vez, durante siglos, los bosques flotantes de troncos cortados en los pinares y guiados así por los gancheros hasta su destino en Aranjuez, muchas leguas más abajo.

Mis andanzas, partiendo de Molina de Aragón, me revelaron un mundo de vigor y de belleza, oloroso a pinares y perfume silvestres, susurrante con el viento entre las ramas y los arroyos escondidos. Un mundo de pueblos pequeños y recostados en altas laderas: Taravilla con su laguna, Peralejos el de las Truchas, Huertahernando con su convento y sus monjas, Huertape layo a la otra orilla con las angosturas de su entrada, Ocentejo y su castillete, Zaorejas y sus panoramas... Casi nunca a la orilla del Tajo por no permitirlo las estrecheces del cauce, con

casas de pequeñas ventanas y gruesos muros cerrándose al frío y a la nieve. Puertas partidas para abrirse por medias hojas, iglesias de torres anidadas de cigüeñas, modestos ayuntamientos con remates de hierro para un gran reloj, a veces una larga parra corriendo por una fachada, plazoletas para encuentros y corrillos en el buen tiempo, estancos, bares y tabernas, escuelitas... Y, sobre todo, las gentes: graves pero acogedoras, tradicionales pero abiertas, bien asentadas en su dignidad como en un patrimonio supremo e irrenunciable. Gentes que todavía recordaban haber visto a los gancheros faenando con sus ganchos, haciendo seguir los troncos al hilo de la corriente para no atascarse y no trabar el avance de unas maderadas que llegaron a conducir mil palos de una vez en sus mejores tiempos.

Ahora estas tierras altas de Guadalajara y Cuenca han necesitado ser declaradas Parque Nacional del Alto Tajo, para proteger sus riquezas naturales y facilitar su disfrute. Cuando yo caminaba por aquí hace medio siglo el alejamiento de esta zona y la escasa población prote-



José Luis
Sampedro
descansando en
una casa solariega
del Alto Tajo

gían el ambiente sin más medios. Los buitres y las águilas planeaban majestuosos sobre riscos que dominaban el río con alturas verticales de más de cien metros. Abajo, en lo más hondo, las truchas eran visibles en las aguas transparentes, junto a unos cangrejos autóctonos hoy extinguidos. De las laderas aflúan torrentes vertiéndose en el río, a veces cayendo en cascada desde una media altura, otras derramándose escalonadamente hasta entregarse al Tajo. Era una soledad animada con el rumor de la corriente y el susurro del viento entre las ramas. Hoy el cuadro ha cambiado y la apertura de carreteras, facilitando el acceso al automóvil abre paso a una afluencia que, sobre todo en verano, no siempre se dedica a la pesca o al excursionismo con el necesario respeto a la naturaleza y al paisaje. Y algunos vertidos industriales, como los debidos a la extracción de caolín, contaminan una corriente fluvial que todavía curso arriba, bajo el puente de Peralejos, dejaba ver las truchas en el fondo bajo cuatro metros de agua.

Las fotos, los vídeos, el cine no pueden dar idea de la grandeza de estos paisajes. Este mundo de la serranía cuyas alturas son dominadas por el impresionante vuelo de los buitres está hecho de distancias, perspectivas y profundidades. Aquí en esta cima, donde una sencilla obra de mampostería ha creado lo que se llama el Mirador de Zaorejas, la visión del horizonte, todo alrededor es una panorámica de cumbres y cresterías que se encadenan unas con otras, desplegando una continuada tapicería mantenida por los pinares siempre intensamente verdes. Y si desde aquí miramos ladera abajo, con una hondura escalofriante, vemos la cerrada curva en U de una cinta clara llena de centelleos luminosos: es la corriente del río Tajo, tocado por el sol. Y uno se siente aquí en la altura del mundo y, a la vez, cercano a esa corriente allá abajo llena de una vida oculta: las truchas, los anfibios, alguna nutria, insectos, aves... Y el agua misma, viva también, fluyendo sin cesar, en ocasiones más tranquila si el cauce se abre un poco, otras veces corriendo impaciente con rabiones de espuma entre las piedras. El río, camino andante.

El tramo del Tajo bajo el Puente de San Pedro es uno de los pocos espacios anchurosos en todo el trayecto alto del río, cuando todavía está abriéndose paso entre las rocas de la serranía. Ahí es precisamente, además, donde el Tajo se hincha y enriquece con las aguas traídas por el río Gallo, el mismo que pasa por Molina, bañando luego el Santuario de la

Virgen de la Hoz y del que ya dije que lleva el agua aunque no lleve la fama, afirmación refranera por cierto tan discutible como las de otros refranes.

La primera vez que alcancé ese lugar, cerca de lo que llaman “La Escaleruela”, el paraje estaba desierto, solamente pude hablar con un pastor cuidando de unas cuantas ovejas. En cambio, quien ahora viaje a ese lugar fácilmente encontrará compañía y muy numerosa en verano, porque el ensanchamiento del terreno llano deja un espacio arenoso a la orilla del río que ofrece el mejor sitio de todo el entorno para tomar un baño. ¡Bien lo aprovechan muchos en verano gracias a lo accesible del lugar para los autos!

Pero todo el Alto Tajo no es solo el Mirador de Zaorejas o la junta de los ríos en el Puente de San Pedro. Todo el curso ofrece pintorescos paisajes: curvas contra las peñas, chorreras desde los riscos, despeñaderos, saltos, márgenes con sotos o con pinares... Así es la múltiple maravilla del agua: inmutable y fascinante en el mar, pero llena de variantes y modalidades cuando serpentea por la tierra. No en balde se escribió lo de “nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar”.

El río llega a Aranjuez ya caudaloso, convierte en oasis esa tierra de meseta y completa el verdor con sus sotos y arboledas. Ahí el Tajo ya es navegable y así lo disfrutó la corte del Real Sitio en unas magníficas falúas artísticamente decoradas donde el genial castrato Farinelli cantó para la reina Bárbara de Braganza. Lamiendo los muros del Palacio, puliendo las piedras con sus caricias innumerables, el río Tajo continúa, tierras de Toledo adelante, para cruzar Portugal y entregarse en el Atlántico.

José Luis Sampedro



José Luis Sampedro ante la cascada de las Castañuelas, en el Jardín de la Isla, Aranjuez (Madrid)

A orillas del Tajo en Aranjuez. Guirao Girada, c. 1900





Pescador de caña pescando un zapato, Aranjuez. Guirao Girada, c. 1900



Escuadrón de lanceros cruzando el Tajo en Aranjuez. Guirao Girada, c. 1900